

El «antiguo testamento» del Antiguo Testamento

DIONISIO BYLER*

Resumen

Palabras clave

1. El contexto intelectual donde nace el Antiguo Testamento

Una reflexión sobre la antigüedad de la Biblia

El Antiguo Testamento es una colección de documentos de una era del pasado remoto. Observo que es muy frecuente –casi diría que habitual– que los creyentes cristianos carezcan de una idea cabal de la distancia en el tiempo que nos separa de los autores bíblicos.

* Profesor de Biblia y Lenguas Bíblicas de la Facultad de Teología SEUT (dionisio.byler@facultadseut.org). Esta conferencia ha sido pronunciada en el marco del Aula Abierta 2018 (21-4-2018) y resume un tema que leen mis estudiantes de *Introducción al Antiguo Testamento* en la Facultad SEUT. Otra versión reducida diferente se publicó como Capítulo 2 de mi libro *Toda obra escrita es útil. Conferencias y sermones en Argentina, 2016* (Librería Amazon: Ediciones Biblioteca Menno, 2016).

Los documentos bíblicos, como es natural, reflejan muchas de las presuposiciones culturales de su entorno de origen. A nosotros nos pasa lo mismo. Aunque procurásemos la pretendida neutralidad de una perspectiva «eterna» al hablar sobre Dios y la espiritualidad cristiana, es casi inevitable mencionar sin darnos cuenta conceptos propios de la psicología, la tecnología, o las presuposiciones filosóficas de nuestra civilización presente.

No es lo mismo Israel, que las naciones en medio de las que vivió. Pero desde luego compartió muchísimas más presuposiciones con ellos que con nosotros acerca de la vida, acerca de lo que es verdad y lo que es, en cambio, pura fantasía inaceptable.

Sin embargo, como uno de los elementos de la fe evangélica es creer lo que pone la Biblia, atribuimos anacrónicamente a sus autores las mismas ideas que las que tenemos nosotros. Transformamos tan radicalmente el sentido de sus palabras, que ellos mismos ya no se reconocerían en lo que nosotros decimos que ellos quisieron decir.

Hace aproximadamente dos siglos se empezó a descifrar documentos hallados en excavaciones arqueológicas de civilizaciones antiguas. Desde entonces se vienen observando semejanzas –aunque también diferencias, naturalmente– entre aquella literatura de las naciones anteriores a Israel, y el pensamiento reflejado en la Biblia.

Los autores bíblicos, como todo autor humano, construyeron sobre el legado de lo que recibieron de las generaciones anteriores a ellos. Transformaron muchas cosas, por su experiencia de fe y vivencia con el Dios de Israel. Pero en otras muchas cosas sencillamente repitieron conceptos antiguos, a veces antiquísimos, que eran de común conocimiento entre sus contemporáneos. Cosas que nosotros, sin

embargos, jamás podríamos aceptar sin dejar de ser personas del siglo XXI d.C.

La forma mitológica de razonar

Los mitos han sido desde la antigüedad una forma natural de razonar. En este sentido un mito no es lo mismo que una falsedad, aunque hoy día la palabra «mito» se emplea como sinónimo de «mentira». El impulso que dio lugar a los mitos de la antigüedad –el impulso por hallar explicación a los fenómenos que nos afectan– es el mismo que en los últimos siglos ha dado lugar a los avances de la ciencia y la tecnología. A nosotros nos parecen más persuasivas las explicaciones científicas; pero durante miles de años, los mitos explicaron de manera satisfactoria las vidas de incontables generaciones de seres humanos.

La ventaja pero también la limitación de la forma mitológica de razonar, es que es intensamente metafórica. Lo expresa todo por analogías, rehuendo abstracciones mentales que vayan más allá de la experiencia común de los seres humanos. Los fenómenos de la naturaleza y las experiencias vitales del ser humano se explican recurriendo a narraciones sobre dioses, donde éstos interactúan entre ellos y con nosotros, con conductas y motivaciones que podemos reconocer por nuestra experiencia social humana.

Creatividad bíblica a partir de conceptos y vocabulario comúnmente aceptados

La mitología y demás conocimientos (o creencias populares y sabiduría no científica) de la antigüedad aportan, entonces, las ideas previas y el vocabulario comúnmente comprensible, del que se servirían los autores del Antiguo Testamento.

Aportan también las tramas habituales para las historias que se disponían a narrar. Todo el mundo conocía –por ejemplo– numerosas historias de encuentros de un ser humano con un ser divino que se le aparece. Todo el mundo sabía más o menos lo que esperar de este tipo de historia, podía recordar cómo esas historias suelen acabar: su desenlace «natural» o habitual. También sabían que si quien ahora cuenta una historia de estas características es un buen cuentacuentos, seguramente nos sorprenderá en algún punto con algún elemento inesperado. Y es ese elemento inesperado, no habitual, lo que da «chispa» y gracia a la historia y aporta nuevo entendimiento a los oyentes.

Las historias bíblicas, entonces, aunque se sirvieran (como era inevitable) de todo el cúmulo de conocimientos y mitos y cosas contadas de padres a hijos durante generaciones desde hacía miles de años, jamás pierden su especial encanto y sorprendente profundidad para analizar la existencia humana. Encanto y profundidad que viene del factor sorpresa, donde cuando los primeros oyentes pensaban que ya sabían cómo la historia iba a acabar, el autor va y les provoca a la reflexión y meditación con alguna novedad «intencionada».

Se recordará que siglos más tarde, Jesús seguía haciendo lo mismo contando historias que parecían descripciones rutinarias de la vida en los pueblos de Galilea en su generación. Historias que sin embargo acababan sorprendiendo a sus oyentes con un desenlace inesperado que les obligaba –y nos sigue obligando hasta el día de hoy– a meditar sobre qué es lo que Jesús quiso decir.

Supongo que es más cómodo para muchos imaginar que todo en la Biblia es nuevo y original, que sus autores no aprendieron nada de las generaciones y naciones que les antecedieron. Muy especialmente, que

su concepción de la Deidad fue siempre radicalmente única. Pero ahora que empezamos a atisbar la extensión y riqueza y antigüedad de la literatura de muchos otros pueblos anteriores y contemporáneos de Israel –y a conocer sus mitos y su manera de relacionarse con sus dioses– ya no es sostenible esa idea.

2. Conceptos anteriores que afloran en el Antiguo Testamento

Creación – antecedentes desde la antigüedad

Dice así una inscripción egipcia:

Es el corazón el que hace surgir todo conocimiento, y es la lengua la que repite lo que determina el corazón. [...] Ciertamente cada palabra de dios surgió de lo que determinó el corazón y mandó la lengua. [...] Así fueron hechas todas las obras y artes, la acción de las manos y el caminar de los pies y el movimiento de las extremidades de acuerdo con este mandamiento que determinó el corazón y procedió por medio de la lengua. [...] Entonces Ptah descansó después de haber hecho todas las cosas y después de todas las palabras de dios.¹

Este texto podría ser tan reciente como para ser más o menos contemporáneo con la historia bíblica de la creación. Otros piensan que es muchísimo más antigua y deviene del Imperio Antiguo (tercer Milenio a.C.). Igual que la historia de Génesis 1, atribuye a **la palabra pronunciada** el origen de todas las cosas. Y al acabar la creación, el Creador descansa.

¹ Walter Beyerlin, ed., *Near Eastern Religious Texts relating to the Old Testament* (trad. del alemán al inglés, John Bowden: SCM Press Ltd, 1978), pp. 4-5. Trad del ingl. DB 2012.

Génesis 1 cuenta –entre otras muchas cosas– que el Señor **separó los cielos y la tierra**. De los sumerios (cuarto milenio a.C.) viene este texto:

*Ese día, ese día lejano
esa noche, esa noche hace mucho,
ese año, ese año lejano,
cuando las flores se abrían
como mandaron los dioses,
cuando se plantaron las flores en la tierra
como mandaron los dioses,
cuando todo se recogió
en los depósitos de la tierra de Sumeria,
cuando se encendió el fuego
del horno de la tierra de Sumeria,
cuando hubo sido separado el cielo de la tierra,
cuando la tierra hubo descendido desde el cielo,
cuando se estableció la simiente del hombre,
cuando An escogió el cielo para sí,
cuando Enlil hubo escogido la tierra para sí,
cuando el submundo hubo sido entregado a Ereshkigal [...]*²

La creación del ser humano

También se conserva un mito sumerio donde los seres humanos fueron moldeados del barro, apretado en el molde de los dioses.

Pero prefiero mencionar un relato sumerio que nos ayuda a entender el detalle curioso de que Eva fuera creada de una costilla de Adán. ¿Por qué no valerse de cualquier otro órgano para crear la mujer, cuyo

² ídem, p. 74.

nombre hebreo, *Jahuá* (Eva), viene a significar según la Biblia «la que da vida»?

Según esta historia sumeria Enki, el dios del agua, prueba algunos de los frutos prohibidos. Entonces Ninhursag, la diosa de la tierra, lo maldice de muerte. La salud de Enki empieza a fallar: ocho órganos enferman. Enlil, dios del cielo, por fin intercede ante la diosa madre para que sane al dios del agua que se está muriendo. Ella lo sienta junto a su vulva y crea ocho dioses curadores que sanan cada uno de sus órganos enfermos, y así Enki recupera la vida y la salud.

Uno de los órganos enfermos de Enki era la *tí*, la costilla. Para su curación la diosa madre ha creado la diosa sumeria Nin-ti, «la Señora de la costilla». Pero en sumerio la misma palabra *tí* significa «dar vida». Entonces el mismo nombre, Nin-ti, significa simultáneamente «la Señora que da vida» y «la Señora de la costilla». Las palabras homónimas (con igual pronunciación pero diferente significado) son intraducibles como tal fenómeno de significado ambiguo o doble. En hebreo, la mujer que sale de la costilla de Adán –que es por consiguiente «la señora de la costilla»– se llama *Jahuá*, Eva, «la señora que da vida». ¡Igual que en la historia de los sumerios, miles de años antes! Pero ni en hebreo ni en castellano nos íbamos a enterar, porque ese significado doble ya no existe –ni en hebreo ni en castellano–³.

³ Samuel Noah Kramer, *The Sumerians: Their History, Culture, and Character* (Chicago: University of Chicago Press: 2ª ed. 2010), posiciones 1904ss en lector Kindle.

*Yahvé y El*⁴

E/era desde antiguo el dios principal de los pueblos semitas de la región donde aparece Israel. Era el creador, el padre de los dioses, el rey divino que presidía, según se creía, el consejo de los dioses para determinar el curso de la historia humana. Yahvé era conocido, pero no como dios de ninguna nación –ni mucho menos Dios universal– sino como patrono y auxilio de determinadas agrupaciones familiares.

E/parece haber sido inicialmente el dios principal también de Israel cuando sus inicios, como se ve por el propio nombre Israel (que podría traducirse tal vez como Quien lucha con *E*/(según Gn 32,29) o como Gobierno de *E*, o Resplandor de *E*. El dios aludido –y relacionado por tanto con este pueblo– sería por consiguiente *E*/y no Yahvé.

En el texto bíblico, sin embargo, la figura de *E*/está normalmente absorbida dentro de la de Yahvé, que reúne en sí mismo todos los atributos imaginables de la deidad. Sin embargo queda algún rastro de una forma más antigua de entender, donde pudiera concebirse la existencia de alguna diferencia entre *E*/y Yahvé. Tal el caso de Dt 32,8-9:

*Quando el Altísimo hizo heredar las naciones,
cuando hizo dividir la humanidad,
estableció las fronteras de las gentes
conforme al número de los dioses⁵.*

⁴ Esta parte de mi conferencia se basa en parte en Mark S. Smith, *The Early History of God: Yahweh and the Other Deities in Ancient Israel* (Grand Rapids: Eerdmans, 1990).

⁵ *conforme al número de los dioses*, según unos pocos manuscritos. LXX, *conforme al número de los ángeles de Dios*, TM, *conforme al número de los israelitas*.

*Por consiguiente la parte de Yahvé es su pueblo,
Jacob, la asignación de su herencia⁶.*

Aquí el Altísimo sería el principal entre los dioses (es decir, *EI*); y Yahvé sería uno de los que reciben las naciones en el reparto, tocándole precisamente Israel (Jacob).

Sin embargo se comprenderá que no es nada difícil reinterpretar esta referencia antiquísima, de tal suerte que el Altísimo que hace el reparto no sea otro que el propio Yahvé, que escoge para sí a Israel. (Por cuanto *EI* no ha sido mencionado por nombre sino por su principal atributo, ser «el Altísimo».)

Existen indicios de que la asimilación de los atributos de *EI* a los de Yahvé, sucedió muy temprano. Por ejemplo, no hay ninguna polémica bíblica contra *EI*, parecida a las que sí hay contra otros dioses del entorno de Israel. Los autores del Antiguo Testamento no necesitan atacar a *EI* como dios falso, por cuanto su identidad se entiende ahora absolutamente inseparable de la identidad de Yahvé.

Entonces la palabra «*EI*» viene a tener en la lengua hebrea un significado genérico para describir la divinidad. Algo como sucede con la lengua castellana, donde el nombre de Zeus, *Dios*, deja de designar al más importante de los dioses griegos, para indicar ahora la deidad en general: «dios, dioses, Dios». Resulta emblemática la frase que hallamos en Josué 22,22: «*EI* de dioses es Yahvé», donde podría haber una identificación expresa de Yahvé con *EI*, el principal entre los dioses; pero donde lo más probable es que se esté señalando sencillamente el lugar superlativo de Yahvé entre los dioses (como

⁶ Aquí y a lo largo de la conferencia, las traducciones del AT son por D.B.

cuando «Cantar de los cantares» significa «El mejor de todos los cantares»).

*Yahvé y Baal*⁷

Al leer el Antiguo Testamento resulta evidente que durante muchas generaciones, a muchos israelitas les pareció natural adorar al becerro o toro Baal; y que en determinados momentos históricos, según quien gobernaba, el culto a Baal pudo incluso ser mayoritario en Israel. Condicionados como estamos por la denuncia de los profetas, descubrir esto nos produce una sensación de rechazo y escándalo. Sin embargo cabe reflexionar que con la salvedad de los propios profetas, es posible que esta realidad no produjese el mismo rechazo y escándalo en el grueso de la población de Israel en aquel entonces.

Al contrario de lo que sucede con El, entonces, el texto bíblico denuncia el culto a Baal como un culto inapropiado y apóstata, la adoración de un dios falso. No necesariamente un dios inexistente sino un dios de falsedades y mentiras, que provoca las iras de Yahvé contra Israel, porque adorar a Baal constituye traicionar el pacto especialísimo jurado entre Yahvé e Israel. Baal sería, según el episodio de Elías en el Monte Carmelo (1 R 18,20-40), un rival directo de Yahvé en cuanto a la lealtad de Israel, pero también en cuanto a los poderes que se le atribuyen.

El becerro o toro Baal es el Dios de la tormenta, de lo cual nacen distintas ideas. Por una parte la furia de los vientos terribles, las granizadas —a veces, inoportunamente, en el verano cuando el trigo está maduro y antes de la siega, destruyendo la mies—, trombas de

⁷ Sección basada en M. S. Smith, *The Early History of God*.

agua que provocan inundaciones y erosión. Todo esto indica un aspecto iracundo y violento de la deidad. Así Baal puede ser un dios guerrero, el dios de la violencia y de la guerra, que promueve la furia de la destrucción desproporcionada y demencial que son todas las guerras. El arcoíris puede ser el arco de guerra de Baal; los relámpagos, sus flechas que traen destrucción y muerte donde caen.

Pero Baal puede pelear también a favor de sus protegidos, naturalmente. Los mitos de Baal le atribuían la victoria sobre *lam*, el Mar primigenio del caos y el desorden, donde se ahogaba toda posibilidad de vida. Para poder haber tierra seca donde desarrollarse la vida humana, era necesario vencer al Mar y trazarle sus límites que jamás debía sobrepasar. En el Mar estaba también el Leviatán y demás monstruos marinos, seres también de muerte y destrucción. Baal los vencía a todos. Vencía incluso a *Mot*, la muerte.

Por otra parte la tormenta puede ser beneficiosa en sí misma, trayendo la lluvia oportuna y necesaria para la agricultura. La lluvia renueva la naturaleza y hace resplandecer los ecosistemas –y también los campos de labranza–. La lluvia restaura la fertilidad a la tierra y hace posible la vida; sin ella todo sería yermo y desierto.

Para poder decir todas estas cosas sobre Yahvé en Israel, entonces, había que negárselas a Baal. Yahvé es para Israel quien truena desde los cielos y hace caer una granizada sobre los enemigos de Israel. Yahvé es el Señor «de los ejércitos» y por tanto de la guerra; y en determinadas ocasiones el texto bíblico indica claramente que es él quien incita guerras genocidas, irracionales, divinamente inexplicables, contra sus enemigos.

Hay textos bíblicos que atribuyen a Yahvé –y no a Baal– la victoria sobre *lam*, el Mar y el Leviatán y demás monstruos marinos; y sobre *Mot*, la muerte. Yahvé es el protector, el escudo, baluarte y fortaleza de Israel, que en él se refugia de sus enemigos.

Y Yahvé es también quien da fertilidad a la tierra, quien garantiza la mies de los sembrados, quien hace llover para que su pueblo pueda comer.

*Yahvé y Aserá*⁸

Mucho más difícil resulta desentrañar la relación entre Yahvé y Aserá. Esto se debe a que el testimonio bíblico pareciera procurar esconder si es que existió un culto a Aserá en Israel, como diosa consorte de Yahvé.

Una *aserá* era un árbol –o bien un tronco o viga o palo clavado verticalmente, a veces con entalladuras– que simbolizaba o hacía presente la deidad femenina, donde las *matsebás* eran piedras clavadas verticalmente, en representación de la deidad masculina.

Aserá viene mencionada en diferentes textos. Veamos algunos de ellos.

- Dt 16,21: *No te plantarás una aserá de ningún árbol junto al altar del Señor tu Dios que te fabricarás.* Parecería ser que si no fuera por esta prohibición, habría resultado lo más natural del mundo plantarla junto al altar.
- Jue 3,7: *Los israelitas hicieron lo malo a la vista del Señor. Se olvidaron del Señor su Dios y sirvieron a los Baales y a las Aserás.* Aquí Aserá sería claramente una diosa femenina comparable al dios masculino Baal.

⁸ Basado en Smith, *Early History*.

- 1 R 15,13: *[El rey Asá] también apartó a su madre Maacá de su señorío, por cuanto había fabricado un objeto tabú para Aserá. Y Asá taló el objeto tabú y lo quemó junto al río Quidrón.* Curiosa manera de explicar la acción de Asá, uno de los «reyes buenos» de Jerusalén. Cuesta adivinar si lo que destruyó fue una *aserá*, o si acaso el objeto que fabricó su madre era escandaloso por ser solamente una burda imitación no autorizada por el sacerdocio.
- 2 R 18,4: *[El rey Ezequías] abolió los lugares altos, rompió las matsebás, cortó la aserá, [etc.].* Se entiende entonces que existía en Jerusalén una *aserá* lo bastante conocida como para referirse a ella como «la *aserá*». ¿Estaría situada junto al altar del templo, a pesar de la prohibición de Deuteronomio?

Estudiando los textos bíblicos que mencionan a Aserá, en estas últimas décadas los eruditos debaten si durante una parte importante de la historia de la dinastía de David, no habrá existido un culto a Aserá en el templo de Jerusalén, donde se entendía que era la esposa consorte de Yahvé. Desde luego si ese fue el caso, los textos bíblicos casi consiguen esconder del todo cualquier recuerdo de ello. Esconder eso no sorprendería, por cuanto dista tanto del concepto que se tenía del Señor a partir de la reconstrucción de Jerusalén y del templo en la época de los persas. Tampoco constituiría eso un engaño por parte de los autores bíblicos, por cuanto callar algo para no generar confusión, no es lo mismo que negarlo.

En cualquier caso, fuesen cuales fuesen los antecedentes de culto a deidades femeninas en Israel en su pasado, Yahvé en la propia Biblia es claramente único. ¡Y es impensable que tenga esposa! Entonces, así

como en él existían atributos que en la antigüedad se habían atribuido a El y a Baal, el Yahvé bíblico manifiesta atributos maternales femeninos, que no sólo masculinos. A fin de cuentas, el único órgano sexual que se le atribuye nunca al Señor en el la Biblia, es precisamente la matriz, el útero:

- Jer 31,20: *¿Acaso no me es Efraím un hijo mimado? ¡Juro que es un niño encantador! Porque a pesar de que haya hablado mal de él, me desborda la nostalgia. Por eso mi útero vuelve a sentir contracciones, por la intensidad de mi amor por él –oráculo del Señor.* (Las traducciones habituales suelen poner algo al estilo de: «se me revuelven las tripas»⁹.)

Sacrificios: matar personas y animales como acto litúrgico

Hoy nos produce cierta sensación de escándalo y sofoco la idea de que a Dios le pueda interesar robarnos comida de nuestras bocas y de las de nuestros hijos. Esto es, en efecto, lo que vienen a suponer los holocaustos, donde se tomaba un cordero o novillo u otro animal perfectamente apto para consumo humano, y se quemaba en un altar. En general, las diversas ofrendas, sacrificios y diezmos que se presentaban al Señor, constituían alimentos de los que los ofrendantes se privaban.

⁹ Creo poder sostener que mi traducción aquí es posible y desde luego la que comunica máxima carga emocional. מעי puede entenderse como «intestinos» pero también como el canal de parto. Y רחם, en la vocalización masorética es un *piel* infinitivo que reduplica e intensifica el verbo «amar, sentir compasión»; pero vocalizado con sendos *sego*, puede significar útero (según el contexto). Una traducción como la que ofrezco aquí para este versículo es posible, entonces, aunque reconociendo que a muchos les parecerá forzada. (En particular si fuésemos a querer leer *mi útero* faltaría una *yod* final, llevándonos a tocar las consonantes; y esto es por supuesto entrar en arenas movedizas.) No me sorprendería descubrir que hubiera biblistas feministas que se hayan fijado en este versículo.

¿Qué necesidad tiene de alimentos humanos Dios, como para quitárselo de la boca a sus adoradores?

Según los mitos de Sumeria, el ser humano fue creado precisamente para labrar la tierra y atender el ganado y mantener así alimentados a los dioses. Todas las religiones del antiguo Oriente Medio y Próximo conservan la idea de los sacrificios como alimento para los dioses. Visto en este contexto, no sorprende en absoluto que los israelitas también ofrecieran alimentos humanos al Señor. ¡Mucho más habría sorprendido que no lo hicieran!

En los primeros siglos de nuestra era el judaísmo estableció que las buenas obras y el estudio de la Torá sustituyen ahora los sacrificios en el templo. El cristianismo, entre tanto, estableció que la obra de Cristo en la cruz cumple y a la vez pone fin a los sacrificios. Pero el Antiguo Testamento es anterior al judaísmo rabínico y al cristianismo, y por consiguiente acepta como perfectamente natural sacrificar alimentos humanos a Dios.

«Cuerpos» de Dios en el Antiguo Testamento ¹⁰

La idea de que Dios pudiera tener uno o más cuerpos nos resulta chocante y extraña. Estamos forjados aunque sin saberlo, con conceptos platónicos donde el hecho de que Dios es Espíritu, resulta incompatible con su corporalidad. Claro, que con esos conceptos siempre ha chocado la declaración medular del evangelio, de que Dios en efecto sí se hizo carne en su Hijo, Jesús.

¹⁰ Véase Mark S. Smith, *Where the Gods Are: Spatial Dimensions of Anthropomorphism in the Biblical World* (New Haven & London: Yale University Press, 2016).

Pero para el mundo donde hizo su aparición el Antiguo Testamento, la idea de que los dioses pudieran corporizarse no producía ningún escándalo intelectual. Y por consiguiente, tenemos en los relatos bíblicos diversos episodios donde Dios se materializa y toma forma (normalmente humana), interactuando con las personas de tú a tú con total naturalidad¹¹.

Antecedentes de la legislación bíblica

Creo que siempre he supuesto que la legislación bíblica es única y diferente en relación a sus antecedentes paganos, por sus aspectos humanitarios, su consideración de la dignidad del ser humano.

Pero descubro que esto también tiene antecedentes en la legislación de las civilizaciones que preceden a Israel. Pondré un solo ejemplo, porque nuestro tiempo es limitado:

Los arqueólogos que estudian la antigua Sumeria, que existió en la Mesopotamia miles de años antes de la aparición de Abraham en esa misma tierra, han descubierto una especie de manual de instrucciones para diversas labores agrarias. Entre otras cosas interesantes, hallamos la siguiente instrucción en cuanto a la siega:

Tres hombres han de trabajar en equipo para cosechar la cebada, que era el cereal más importante de los sumerios: el segador, el gavillador (que ata en gavillas la cebada cortada) y el que va ordenando las gavillas. A continuación –y esto es lo interesante– viene una exhortación al agricultor, para que deje en tierra algunas de las espigas de cereal para «los huérfanos» y «los que recogen espigas caídas».

¹¹ Véase Benjamin D. Sommer, *The Bodies of God and the World of Ancient Israel* (New York: Cambridge University Press, 2009).

Esta es una obra de caridad que su dios personal en absoluto dejará sin recompensar¹².

Esta misma instrucción viene en Levítico 19,9-10, y vemos en la historia de Rut la importancia humanitaria que podía tener esta práctica.

3. Lo nuevo del Antiguo Testamento frente a su «antiguo testamento»

Ya hemos ido apuntando algunas diferencias con respecto a las creencias anteriores al Antiguo Testamento. Está claro que los autores del Antiguo Testamento se sirvieron del vocabulario y los conceptos que tenían a mano en su mundo, pero para enseñar un conjunto total de creencias que fueron diferentes y únicas en el mundo de la antigüedad.

Es como cuando siempre que hablamos, empleamos las mismas palabras y frecuentemente las mismas frases hechas que todo el mundo, y sin embargo podemos decir cosas nuevas. Cosas nunca antes dichas, cosas única y maravillosamente «nuestras».

Yo me aventuraría a proponeros las siguientes dos diferencias como sustanciales y esenciales:

1. *El Señor Dios de Israel es un Dios diferente de los de todas las naciones alrededor, porque ordena una sociedad diferente*¹³.

Donde todos los reyes de la tierra eran siempre hijos adoptivos de los dioses, Israel debía ser una sociedad de hermanos, que

¹² Kramer, *The Sumerians*, posiciones 1402ss en lector Kindle.

¹³ Esta idea es tal vez la más importante de lo que hace cuarenta años saqué en limpio de Norman K. Gottwald, *The Tribes of Yahweh: A Sociology of the Religion of Liberated Israel, 1250-1050 B.C.E.* (Maryknoll: Orbis, 1979).

recordaban su descendencia todos por igual de unos pobres esclavos de Faraón en Egipto. Así que sus reyes no debían olvidar nunca que su clan y familia era una más entre las de las tribus de Israel descendidas de esclavos. A esos efectos debían hacerse una copia de las disposiciones de Moisés y meditarlas a diario, para que la realeza no se les subiera a la cabeza.

Es útil recordar también la figura del «redentor» en la sociedad hebrea. En primera instancia el redentor era un pariente próximo, aunque si no había otro, cualquier miembro de su clan podía asumir ese papel. Su deber era redimir de la esclavitud al hebreo venido a menos y redimir sus tierras, para que cuanto antes pudiera volver a ocupar su lugar en la sociedad como persona libre. La figura del redentor podía abreviar así sensiblemente el máximo de seis años de esclavitud establecido por Moisés, y el máximo de 49 años de enajenación de sus tierras ancestrales.

El Señor de Israel instruía, en fin, una sociedad de igualdad, solidaridad y especial atención a los más desafortunados: los inmigrantes, los huérfanos y las viudas, los esclavizados y oprimidos por deudas imposibles de pagar.

2. *El Señor Dios de Israel en el Antiguo Testamento es un Dios diferente porque se hace presente mucho más típicamente por su Palabra que por apariciones sobrenaturales.* Aunque podía perfectamente aparecerse o enviar sus ángeles, en el templo de Jerusalén no había ningún ídolo. Y la forma habitual como los israelitas conocían a Dios, era por las palabras de la Instrucción que habían recibido de él, por las historias que contaban acerca de sus antepasados, por los salmos que cantaban.

Y cuando hablaban los profetas. Todos los reyes de aquel entonces se rodeaban de profetas que les contaban lo que querían escuchar. Pero en Israel el profeta más admirado, el más recordado como auténtico y legítimo, era el profeta incómodo. El profeta que soltaba las verdades sin miedo –o con miedo, pero igual las soltaba– sentasen como sentasen al rey y a sus secuaces incondicionales.

Esta convicción de que las palabras importan, que tienen un poder transformador sobre el oyente y sobre quien las pronuncia, es también asombrosamente moderna. No era un culto cerebral, tan sólo de ideas, por cuanto las palabras de fe y confianza pueden tocarnos hasta la fibra más íntima y hacernos llorar de esperanza y de amor a Dios. Los israelitas descubrieron que era más eficaz la Palabra que los ídolos, para acercarnos a Aquel que da sentido a nuestra existencia humana.

*La importancia del período de dominio persa*¹⁴

Recuerdo la primera vez que leí el Antiguo Testamento entero, hace unos 45 años. Cuando llegué a 2 Reyes 17, se me saltaban las lágrimas de los ojos. Comprendía con claridad meridiana la magnitud de la tragedia encerrada en la historia que

¹⁴ En esta última década me ha ido interesando cada vez más el período persa y griego de la historia de Israel. Es durante ese medio milenio entre el exilio babilónico y la era del Nuevo Testamento, que aparece en la historia de la humanidad el judaísmo como primera propuesta de una religión monoteísta con atractivo universal. Ya no es la religión tribal natural de un país. El judaísmo es ahora capaz de ganar multitud de conversos desde la India al oriente hasta Hispania y Mauritania al occidente, desde el Cáucaso al norte hasta Yemen al sur. Y coincide en ser esa la era cuando cuaja la colección de la Biblia Hebrea y alcanza reconocimiento como «canon» de escritos «inspirados».

arrancaba ya desde el libro de Éxodo y venía a culminar aquí (y hasta el final de 2 Reyes).

Leyendo a veces entre líneas –pero las más de las veces leyendo sencillamente lo que ponía el texto bíblico– se entendía que en Israel jamás se había impuesto clara y mayoritariamente el culto al Señor de Israel. Que en Israel, la versión que proclamaban los profetas había sido siempre una opinión minoritaria, frecuentemente perseguida, normalmente incomprendida e incomprensible para sus contemporáneos.

Pero después podemos ver una situación absoluta y revolucionariamente diferente durante el período de supremacía persa.

Cuando la generación que volvió del exilio babilónico para reconstruir Jerusalén y el templo, ya nadie se acordaba de los antiguos dioses de Canaán. Ni tampoco les importaban los dioses de los persas, de los que se podían burlar por ejemplo en el libro de Daniel. El culto a dioses paganos ya no tentaba a los judíos. Depurados por la experiencia del exilio babilónico, sólo conservaron su identidad como judíos aquellos que se reconfirmaron en su fe exclusiva y celosa en su Dios único, el Señor de Israel.

En escritos como Esdras y Nehemías, los últimos treinta capítulos de Isaías, Zacarías y Malaquías, podían seguir existiendo conflictos entre los judíos, versiones diferentes de la realidad. ¡Pero lo que ya nadie podía defender con seriedad, era que hubiese que abandonar al Señor de Israel y ponerse a adorar estatuas de madera y de piedra!

El período de dominio persa, entonces, cuando Jerusalén y la región inmediatamente contigua eran una pequeña provincia sin importancia del imperio, es donde hemos de hallar las raíces de las actitudes y enseñanzas y convicciones y fe del Antiguo Testamento. Muchos de los

escritos del Antiguo Testamento contienen material antiguo, tal vez de varios siglos antes que el período persa. Pero en general es durante el período persa (y posterior) que el Antiguo Testamento tomará forma final como testimonio de esa fe nueva, esa realidad nueva, que es todo Israel volcado unánimemente en seguir los preceptos de su Señor.

«Dios con nosotros» en medio de la debacle

¿De dónde les vino por fin esta claridad de convencimiento?

Seguramente de su experiencia de encuentro con Dios precisamente en su hundimiento nacional, en la debilidad de no contar ya con un país ni con sus propios reyes. Al final iba a ser que Dios no se había encerrado entre las cuatro paredes de un templo de piedra, sino que estaba dispuesto a acompañarlos en el destierro y el exilio. Que allí los consolaba maternalmente mientras lloraban a sus muertos y padecían toda suerte de estrecheces y dificultades y opresión.

El culto al Señor de Israel –en exclusividad absoluta– es la respuesta de un pueblo que en su hora de mayor tragedia y dificultad, halló que Dios no estaba enfadado para siempre, sino que los seguía amando y consolando y volvía a despertar en ellos la esperanza.

El Antiguo Testamento como invitación a la innovación religiosa

- En la tradición cristiana, siguiendo el ejemplo de Jesús, los autores del Nuevo Testamento se atreven a la innovación, a ideas y convicciones nuevas. Convencidos de que en Jesús, Dios mismo había inaugurado una nueva era y estaba haciendo algo

nuevo, volvieron detalladamente sobre todo el testimonio del Antiguo Testamento.

Y de estos textos tradicionales de su pueblo, reelaboraron una forma nueva de entender Quién es Dios y cómo actúa en la historia.

- No solamente los cristianos. Los rabinos judíos de los primeros siglos de nuestra era también fueron innovadores.

No leían sus textos sagrados como algo estanco que ya nunca podía decir nada nuevo. Confiando en la vitalidad de su tradición oral, debatían todos los temas imaginables a partir del texto de la Biblia hebrea, afinando sus convicciones medulares como pueblo escogido de Dios.

Y así crearon la religión judía —el judaísmo rabínico— cuya vitalidad permanece hasta el presente. Una religión en continuidad con la Biblia hebrea; pero a la vez nueva y diferente y hondamente actualizada.

- Pero ahora hemos visto que el propio Antiguo Testamento ya había dado un impulso sin precedentes a la innovación en el pensamiento y las convicciones.

Partiendo de conceptos heredados de su «antiguo testamento» —ese cúmulo de ideas, convicciones y mitos tradicionales desde hacía miles de años entre los pueblos de su entorno geográfico— se atrevieron a pensar pensamientos nuevos. Se atrevieron a ahondar en su historia nacional y descubrir en ella un hilo conductor: El Señor Dios de Israel los había escogido y llamado cuando sus antepasados más remotos no eran más que

inmigrantes iraquíes entre los cananeos y egipcios, para magnificar con ellos su propio Nombre entre las naciones.

Este Dios no era solamente un dios personal de una familia. Era el Creador del universo entero, quien gobierna el destino de toda la humanidad, victorioso sobre los dioses de Egipto y de Canaán, de Babilonia y de Persia.

Y su Gloria llena la tierra como las aguas cubren la mar.

- Yo vengo a proponeros hoy, entonces, que la única manera de mantenernos fieles al impulso que dio lugar a la creación del Antiguo Testamento, es atrevernos nosotros también, en nuestra propia generación, a imaginar cosas nuevas, soñar sueños nunca antes soñados, revitalizar nuestras convicciones y refundar nuestra fe.

Quiero proponeros que sólo se es fiel al Señor del Antiguo Testamento (y Padre de Jesucristo y Dios de los apóstoles), soltando amarras y explorando conceptos y palabras nuevas. Dejándonos inspirar en nuestros pensamientos y nuestras explicaciones por el Espíritu divino.

Hasta ser capaces de explicar en términos que nuestros contemporáneos puedan comprender, lo que significa hoy ser adoradores del Señor, Dios de Israel.

El «antiguo testamento» del Antiguo Testamento.

La teología como mediación

JUAN SÁNCHEZ*

Introducción.

Decir que “la Biblia es Palabra de Dios”, es decir una verdad a medias; y para decirla completa, deberíamos decir “la Biblia es palabra humana de Dios”.

En esta frase resumiría yo mi respuesta a la conferencia de Dionisio.

Y quiero empezar agradeciendo a Dionisio el habernos presentado de una manera tan clara cómo la palabra de Dios siempre ha sido, siempre es y siempre será una palabra que un ser humano pronuncia y que otro ser humano recibe, no como simple palabra humana, sino como palabra que Dios mismo le dirige a él, personalmente.

El apóstol Pablo resume muy bien esto cuando escribiendo a la iglesia de Tesalónica les dice: “No cesamos de dar gracias a Dios, pues cuando recibisteis la palabra que os anunciamos, la acogisteis, no como palabra de hombre, sino como lo que es en realidad, como palabra de Dios, que actúa en vosotros los creyentes” (1Tes 2,13).

Pero lo más importante, tanto de esta cita de Pablo, como de la conferencia de Dionisio, es que ambos nos presentan la razón

* Profesor de Teología e Historia de la Iglesia de la Facultad de Teología SEUT (juan.sanchez@facultadseut.org).

Esta breve conferencia se da en el marco del Aula Abierta 2018 (21-4-2018) y es la respuesta desde la teología sistemática a la exposición del prof. Dionisio Byler titulada «El ‘antiguo testamento’ del Antiguo Testamento».

fundamental que hace que una palabra humana, sea escuchada por cualquier ser humano, como una palabra que Dios le dirige a él, personalmente; y no es otra que, porque es una palabra que le cambia la vida, porque es una palabra que le ofrece nuevas posibilidades de existencia.

El evangelio de Jesús, la Buena noticia que Pablo anuncia a los tesalonicenses, es el ofrecimiento de un mundo nuevo de relaciones, de una vida nueva que Dios es capaz de crear, gracias a la acogida de esa palabra humana de Pablo, por los creyentes de Tesalónica, que la reciben como una palabra que actúa en ellos, renovando sus vidas, renovando todo su mundo de relaciones.

Dionisio nos dice que la novedad del Antiguo Testamento, en relación a su mundo de relaciones, ese mundo histórico que es su cuna, se podría resumir en dos ideas centrales:

1. El Señor Dios de Israel es un Dios diferente de los de todas las naciones alrededor, porque CREA una sociedad diferente.
2. El Señor Dios de Israel en el Antiguo Testamento es un Dios diferente porque se hace presente, básica y fundamentalmente, por su Palabra.

La Biblia es palabra humana de Dios, porque es una palabra viva, capaz de renovar todas las relaciones vitales del ser humano, y ofrecerle un porvenir de plenitud en medio de todos sus fracasos y sufrimientos; un porvenir de plenitud de vida que desde la resurrección de Jesús de Nazaret, sabemos que es la creación de un mundo nuevo, que empieza ya, en la historia, en todos aquellos que acogen esa oferta de vida nueva que se nos ofrece en el Evangelio.

Y porque la palabra de Dios es una palabra que Dios dirige a todos los seres humanos de todos los tiempos, nos invita Dionisio, al final de su conferencia, y como conclusión de la misma, a dejarnos transformar nosotros también, hoy en día, por la palabra eterna que Dios nos dirige, también a nosotros hoy, a través de una escucha creativa de la palabra de Dios.

Una escucha que necesariamente tiene que ser creativa, porque tiene que ser, y no puede ser de otro modo, una palabra actual, es decir, una palabra que **una**, nuestra realidad actual con la palabra eterna de Dios; una palabra que sea capaz de unir, de hacer resonar, en nuestro mundo de palabras, la palabra eterna de Dios, que hace nuevas todas las cosas, y crea un mundo nuevo.

Y sobre este punto quisiera yo hacer una pequeña contribución a la conferencia de Dionisio, desde el departamento de nuestra Facultad al que pertenezco, el de teología sistemática e historia de la Iglesia.

Una pequeña contribución que he resumido en esta idea: **el carácter mediador de la teología.**

Un idea que me la sugirió la siguiente cita de Paul Tillich: “el quehacer del teólogo es la mediación, mediación entre el eterno criterio de verdad, tal como se manifiesta en la figura de Jesús como el Cristo, y las variantes experiencias de individuos y grupos, su problemas variables y sus categorías de percepción de la realidad”¹⁵.

Y poco más adelante vuelve a insistir en que “la iglesia, como realidad viva, debe mediar permanentemente sus fundamentos eternos con las necesidades de la situación histórica”.

¹⁵ Paul Tillich, *La era protestante*, Editorial Paidós, Buenos Aires 1965, pág. 14.

Ahora bien, esta doble fidelidad de la iglesia, a sus fundamentos eternos y a su situación histórica, ha sido, es y seguirá siendo, una fuente inagotable de conflictos para la iglesia.

Paul Tillich advierte que “la iglesia no suele tener conciencia de este peligro, y cae en una sumisa adaptación al medio; y en tales situaciones surge la imperiosa necesidad de un desafío profético”.

Desafío profético que no suele ser bien recibido por ninguna iglesia, pero que constituye, como dice Tillich, una imperiosa necesidad de la iglesia si quiere hacer presente en su realidad histórica, la palabra eterna de Dios.

¿Por qué digo que esta doble fidelidad de la iglesia es una fuente inagotable de conflictos?

Pues porque cualquier encarnación de la Palabra de Dios, en cualquier época histórica, puede ser acusada, o bien de no ser fiel a sus fundamentos, o bien de no ser fiel a la situación histórica.

Y de este modo las iglesias se suelen dividir, entre aquellas de un talante más conservador, que quieren ser fieles al mensaje recibido y rechazan cualquier tipo de actualización del mensaje a su realidad histórica; y aquellas, de un talante más progresista, que quieren ser fieles a su realidad histórica y están dispuestas a asumir el riesgo de actualizar el mensaje recibido.

Pues bien, yo me aventuraría a decir, que esta tensión entre las dos fidelidades de la iglesia, a sus fundamentos eternos y a su situación histórica, es la que ha producido, a lo largo de la historia de la iglesia, la mayoría de las divisiones eclesiales.

Ahora podría traer a colación las reformas del siglo XVI, como ejemplo señero de lo que acabo de decir; pero voy a fijarme en algo que nos resulta más cercano a nosotros como iglesias reformadas, algo más interno. Voy a hacer una breve mención de dos conflictos entre iglesias evangélicas, y proponer un posible criterio de discernimiento y de superación de estos conflictos, para terminar.

El primer conflicto llevó a la división de las iglesias bautistas, metodistas y presbiterianas, que representaban más del 90% de las iglesias de EEUU al principio del siglo XIX, en dos conferencias diferentes: la del Sur y la del Norte.

El pastor Jonathan Navarro, en Lupa Protestante lo resume muy bien, en un breve artículo.

¿Y qué llevó a esta división de las iglesias bautistas, metodistas y presbiterianas?: La esclavitud.

Había pastores de iglesias del norte que se negaban a que pastores de iglesias del sur, que tenían esclavos, asumieran ningún cargo de responsabilidad en sus comisiones u organizaciones eclesiales: y lo mismo ocurría con estos pastores del sur respecto a sus colegas del norte.

El enfrentamiento fue tal, que llevó a la división de las iglesias en dos federaciones o conferencias: Bautistas del Norte y Bautistas del Sur; y lo mismo ocurrió con las iglesias presbiterianas y metodistas. Como sabéis, este conflicto está en las raíces de la guerra civil estadounidense.

El segundo conflicto nos resulta todavía más cercano, pues ha llevado a que la IEE sea “degradada”, ya que no han podido expulsarla, en el Consejo Evangélico de Madrid.

Nuestro anhelo de ser fieles a los fundamentos eternos de nuestra fe y a la realidad histórica de discriminación de las personas homosexuales, nos ha llevado a un conflicto tal con otras iglesias hermanas, que muchas de ellas, no solo piensan que nos hemos alejado de nuestros fundamentos eternos, sino simple y llanamente, que los hemos negado y hemos renunciado a ellos, dejando de ser así, verdaderas iglesias cristianas.

Pues bien, yo me pregunto ¿habrá algún modo de evitar estas “guerras civiles” dentro de la iglesia de Jesucristo?

Yo no sé si las evitaría, pero estoy seguro de que las encauzaría por caminos más fraternales, la aplicación de un principio que, siendo de raíces muy antiguas, ha sido colocado en un lugar preeminente por la Iglesia católico-romana en el CVII.

Creo que también la iglesia católico-romana puede enseñarnos muchas cosas, y en este caso, con un principio enunciado en medio de una situación de enormes tensiones, cuando la iglesia católico-romana está intentado llevar a cabo una reforma que le permita ser fiel a sus fundamentos eternos y hacer una puesta al día (aggiornamento) de su vida eclesial.

¿Cómo discernir entre las dos fidelidades de la iglesia?, ¿cómo saber si una fidelidad significa una negación de la otra, o una actualización positiva de la misma?

Yo creo que la respuesta del CVII puede sernos muy útil de cara a afrontar estas tensiones. Su respuesta fue: reconociendo que en las dos fidelidades existe una jerarquía de verdades.

Es decir, poniendo cada cosa en su lugar: lo esencial y básico en el centro, y todo lo demás en un segundo plano; en un segundo plano o en un tercero, o un cuarto, o un quinto, etc.

El Concilio Vaticano II (CVII) elaboró un documento sobre el ecumenismo, el Decreto *Unitatis redintegratio* que comienza diciendo:

“Promover la restauración de la unidad entre todos los cristianos es uno de los fines principales que se ha propuesto el Sacrosanto Concilio Vaticano II, puesto que única es la Iglesia fundada por Cristo Señor, aun cuando son muchas las comuniones cristianas que se presentan a los hombres como la herencia de Jesucristo; todos se confiesan discípulos del Señor, pero sienten de modo distinto y siguen caminos diferentes, como si Cristo mismo estuviera dividido. División que abiertamente repugna a la voluntad de Cristo y es piedra de escándalo para el mundo y obstáculo para la causa de la difusión del Evangelio por todo el mundo”.

Pues bien, en este documento se enuncia el siguiente principio: “Al comparar las doctrinas, recuerden que existe un orden o “jerarquía” en las verdades de la doctrina cristiana, ya que es diverso el enlace de tales verdades con el fundamento de la fe cristiana” (las insondables riquezas de Cristo).

No todo tiene el mismo valor en la iglesia de Cristo; y una iglesia madura en la fe, no una iglesia infantil o adolescente, sabe distinguir entre aquello que tiene una conexión directa y esencial con el núcleo de la fe en Cristo, y aquello otro que tiene una relación subordinada o

periférica; y en medio de todo esto, sabe darle el valor que tiene a la unidad de la iglesia.

Pues bien, este principio del CVII tiene raíces muy antiguas, pues ya san Agustín lo había enunciado, creo que de un modo muy bello: “En lo esencial, unidad; en lo dudoso, libertad, y en todo, amor”.

Querido Dionisio, seamos valientes y creativos en nuestra actualización de la palabra eterna de Dios, pero seamos también iglesias maduras en la fe y seamos capaces de vivir la unidad en lo esencial, la libertad en lo opinable, y en todo amor. Gracias por tu reflexión en esta mañana.

El «Nuevo Testamento» del Antiguo Testamento

PABLO DE FELIPE *

Con un título así uno se ve impulsado a plantearse que si el Antiguo Testamento (AT) tiene un AT dentro de él, también tiene un Nuevo Testamento (NT) en su interior. Y creo que esto es lo que el profesor Dionisio Byler (DB) quiere decir y, es más, creo que lo que él quiere resaltar es ese NT del AT, y cómo ahí está el germen del NT de Jesucristo sobre el que se basa la fe y la iglesia cristiana.

Una historia con 'spoiler' - escrita cuando se ha visto ya el final de la película

Dado que el AT es un conjunto de libros de diferentes periodos históricos que finalmente acaban recopilados en un determinado momento, es fundamental enfrentarnos a la pregunta: ¿cómo ha ocurrido ese proceso?

Hay una respuesta simple en muchas comunidades eclesiales que resulta de empezar a leer en Génesis 1 y continuar de forma lineal. Pero incluso en ese enfoque tradicional surgen discrepancias al descubrirse rápidamente que los libros del AT no solamente obedecen

* Profesor de Teología e Historia de la Iglesia de la [Facultad de Teología SEUT](#), y coordinador del *Centro de Ciencia y Fe* de dicha facultad (pablo.defelipe@facultadseut.org).

Esta breve conferencia se da en el marco del Aula Abierta 2018 (21-4-2018) y es la respuesta desde el diálogo entre ciencia y fe a la exposición del prof. Dionisio Byler titulada «El 'antiguo testamento' del Antiguo Testamento».

a una organización cronológica, sino también temática: algunos de los profetas del bloque final son claramente más antiguos que libros de la época persa, como Ester, que aparecen antes en las páginas del AT.

En realidad, el estudio detenido de los textos del AT ha mostrado en los dos últimos siglos que la situación es más compleja, pues muchos de los libros que tratan de periodos antiguos no fueron escritos simultáneamente a los hechos que describen. Aunque utilizaran documentos contemporáneos de las épocas anteriores que describen, fueron compilados y editados en épocas posteriores, generalmente tras la destrucción de Jerusalén y la deportación a Babilonia.

De esa manera, hay una nueva clave para interpretar la historia descrita en el AT: fue escrito al revés, desde el final: un final amargo. El AT es la historia de un gran proyecto que termina mal: el de la monarquía hebrea que acaba en la destrucción de Jerusalén y su templo. Y el Pentatéuco una introducción perfecta que presenta como otros proyectos previos también acabaron mal: el de Adán, el de Noé, el de Abraham, el de Moisés. Y sin embargo, todos ellos dejan una semilla que se recoge en las épocas posteriores.

Una historia que no ha caído del cielo

Habla el profesor DB de cómo la creencia frecuente entre los creyentes de que hay que «creer lo que pone la Biblia» acaba siendo traicionada por la frecuencia en que se atribuyen «anacrónicamente a sus autores las mismas ideas que las que tenemos nosotros». Hay ahí una curiosa paradoja: cuanto más se insiste en que la Biblia es un texto divino como caído del cielo, y por lo tanto menos importancia se da al estudio contextual de sus ideas, más se acaba cayendo en la trampa de proyectar en el texto bíblico las ideas de nuestra propia

época. Es el reconocimiento del componente humano y temporal de la Biblia, y el estudio de sus ideas a la luz de su propio contexto ideológico histórico, el que permite que el texto bíblico hable realmente por sí mismo y podamos oír su propia voz. La insistencia fanática en la autoridad del texto es, muchas veces, la excusa perfecta para no dejarle decirnos lo que tiene entre sus palabras, y para que luego se use su autoridad simplemente a fin de justificar lo que queremos decir en nuestro propio momento histórico.

Esta reflexión es fundamental en el campo de las relaciones de la Biblia con la ciencia, que es mi especialidad. Durante siglos se interpretó el texto bíblico en general, y especialmente en sus referencias a la naturaleza, como algo atemporal. Caído del cielo, el texto tenía que reflejar todo lo que pudiera decirse ‘verdaderamente’ sobre la naturaleza. Cualquier noción científica tenía que estar ya presente en las páginas bíblicas o al menos ser compatible con sus palabras.

Desde el helenismo judío y hasta el siglo XVII hubo una idea central, concordista, que consideraba que el texto bíblico no podía equivocarse en nada, incluyendo las referencias a la naturaleza. La conclusión es que cualquier nuevo desarrollo ‘científico’ tenía que encajar con la Biblia. Así, tanto el platonismo, como el aristotelismo y los nuevos desarrollos científicos renacentistas tuvieron que torturar el texto para alcanzar un concordismo. Y si no se conseguía, la amenaza de rechazo de las ideas extra-bíblicas estaba siempre en el escenario... Eso forzaba situaciones ridículas, y que copernicanos como Galileo tuvieran que esforzarse en ‘demostrar’ que el texto bíblico en el fondo, debajo de su ‘aparente’ geocentrismo, estaba enseñando el heliocentrismo.

Tristemente este enfoque está todavía muy arraigado y hay personas que en el término «expansión», que algunas traducciones emplean para referirse a la firme cúpula celeste que se describe en Génesis 1 (y en otros textos), creen ver la ‘expansión del universo’ de la que habla la ciencia actual.

El descubrimiento del contexto histórico de las ideas del AT y el principio de acomodación

Curiosamente, el descubrir que la ciencia implícita en Génesis 1 no era ninguna ciencia profunda y perenne que tuviera que estar siempre de actualidad, sino una ciencia arcaica y definitivamente vinculada a una época histórica determinada, fue lo que permitió liberar al texto bíblico. Y así, liberar también a la ciencia, que ya no tendría por qué lograr acomodaciones forzadas y artificiales a una cosmología superada definitivamente en lo científico y que nunca la Biblia había pretendido defender teológicamente, sino que simplemente era una cosmología que la Biblia había utilizado como el vehículo contextual de aquella época remota para transmitir ideas profundas sobre Dios y su obra de creación.

Una concepción clara de lo que era la cosmología arcaica de la tierra plana previa a la antigua ciencia helenística de la esfera terrestre, y cómo esa cosmología arcaica era la referencia implícita en el AT, no apareció de manera nítida hasta los siglos XVII-XVIII. Sin embargo, uno de mis autores favoritos en este tema es el astrónomo protestante Christoph Rothmann, que ya entrevé esto en una carta del 19 de septiembre de 1588 al famoso astrónomo, también protestante, Tycho Brahe. Brahe defendía, como Rothmann, que no había esferas sólidas

en los cielos. Pero Brahe estaba preocupado precisamente por esa cúpula celeste de Génesis 1. Brahe intentaba buscar una reinterpretación del texto que encajase con sus nuevas ideas astronómicas y veía con simpatía una nueva traducción del término tradicional «firmamento» que hacía referencia a la resistencia de ese material celeste. Frente a ello Brahe prefería la traducción propuesta por Sebastián Castellion en su Biblia latina de 1551 como «expansión»¹⁶, que daba una sensación de mayor fluidez al material celeste. Paradójicamente, Brahe se engañaba así mismo con esto, pues como dice el historiador de la ciencia Kenneth J. Howell: «La traducción de Castellion era más una inserción de una cosmología moderna en un texto antiguo que una exégesis de su significado original»¹⁷. A diferencia de esos intentos de ‘torturar’ el texto a su favor, Rothmann escribe a Brahe abiertamente:

Estas [las Escrituras] no han sido escritas únicamente para ti y para mí, sino para todos los hombres, a cuya capacidad de comprensión hablan, según reconocen también todos los teólogos en la explicación del cap. 1 del Génesis. [...]. Estimaron los hebreos que las nubes no pueden colgar en el cielo si no existe una materia dura e impenetrable que sostenga el agua. Así pues, acomodándose a su capacidad Dios dice: «haré el cielo de hierro para que no llueva» [...] etc. [...]. En efecto, los profetas no entendieron sobre esta cuestión más que el resto de vulgo o incluso que Lactancio y el Espíritu Santo no quiso revelarles a ellos la sabiduría que Dios puso en la naturaleza, sino esa sabiduría que se

¹⁶ En una carta de Brahe a Peucer en 1590. Véase Howell, K.J. *God's Two Books*, Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press (2002), p. 103 y 250 (nota 67).

¹⁷ Howell, K.J. *Op. cit.*, p. 103.

contiene en aquel misterio estupendo y sobrenatural de la Redención del género humano [...]. De esta manera la autoridad de la Sagrada Escritura, aunque sea aducida de un modo completamente plausible, nada en absoluto podrá objetar en esta cuestión, sino que tan sólo sabremos en la medida en que alcancemos a descubrir mediante demostraciones matemáticas¹⁸.

¿De dónde viene esta solución a las relaciones ciencia y Biblia? Era una solución ya al alcance de la mano que los antiguos judíos y padres de la iglesia habían reconocido. El texto bíblico, aunque al hablar de la naturaleza recoge ideas y nociones respecto a ella de su época, no está realmente interesado en una descripción científica y por lo tanto se ‘acomoda’ plenamente a las ideas de la época en que se escribe. Ese ‘principio de acomodación’ ha sido históricamente, en Rothmann y muchos otros, la clave para liberar al texto bíblico de sus ataduras al contexto científico de su época de composición.

En cierto modo este principio de acomodación creo que tiene un origen no tanto en la reflexión sobre ciencia y fe, sino en la reflexión teológica propiamente dicha. Los propios autores del AT, que están ya en su fase de composición final y que escriben desde «lo nuevo del AT», son crecientemente conscientes de todo ese trasfondo arcaico que el AT utiliza -porque no tiene más remedio- pero al que están llamados a transcender, como los antropomorfismos para describir a una divinidad

¹⁸ Dreyer, J. *et al.* (eds.). *Tychonis Brahe Dani Opera Omnia*, Copenhagen: Nielsen and Lyliche (1913-1929), vol. VI, pp. 159-160. Citado en Granada, M.AI. ‘Il problema astronomico cosmologico e le Sacre Scritture dopo Copernico: Christoph Rothmann e la “teoria dell’accomodazione”’, *Rivista di storia della filosofia* (1996) 51(4), 789-828 (cita de las p. 809-110). La versión española proviene del manuscrito original de profesor Granada, al que agradezco el habérmelo enviado.

cuyo carácter monoteísta estricto estaba terminándose de definir o el carácter sacrificial 'sangriento' de la relación con la divinidad.

El «Nuevo Testamento» del Antiguo Testamento

Como indica DB en su presentación, el periodo exílico y postexílico persa es clave para para entender la elaboración de la historia trágica que realiza el judaísmo de ese periodo y que se plasma en el canon del AT. Es a la vez clave para entender la manera en la que plantean la superación de ese pasado y entrevén el futuro, así como para entender el NT posterior.

Si la historia de Israel había sido la historia de una serie de fracasos continuados que acababan en la esclavitud, también había sido la historia de una liberación continua. Por lo tanto, el Dios de Israel es un dios de liberación que está en las antípodas de los dioses del imperialismo y, por lo tanto, el ideal de sociedad no puede ser nunca el imperio. Y en conexión con ello, si el Dios de Israel trasciende a los dioses imperiales, tiene que ser un Dios universal. Un Dios que protege a un pequeño pueblo oprimido como Israel, pero que no puede encerrarse entre las portezuelas de un altar familiar. Y por lo tanto, no puede ser entendido antropomórficamente, no puede ser representado con maderos, piedras o metales, y no puede ser alimentado con becerros o incienso. Un Dios universal de ese tipo tiene entonces que ser también el creador y señor del universo. Y, entonces, tampoco puede ser exclusivo de un pueblo, sino que tiene que ser el Dios de y para toda la humanidad.

Esta visión grandiosa se ve ya en «lo nuevo del AT» y será finalmente desatada y extendida por todo el mundo con el cristianismo.

Así dice el Señor: El cielo es mi trono, la tierra, el escabel de mis pies. ¿Qué templo vais a construirme, o qué lugar donde pueda residir? (Isaías 66,1 - BLP).

Es el Dios que ha creado el universo y todo lo que en él existe; siendo como es el Señor de cielos y tierra, no habita en templos contruidos por hombres ni tiene necesidad de ser honrado por humanos, pues es él quien imparte a todos vida, aliento y todo lo demás. (Hechos 17,24-25 - versión La Palabra).